3-97

DULCES RECUERDOS DE INFANCIA. A mi amigo de la infancia Santiago Aranaz./"La Nación", Buenos Aires (R. A.), 11 febrero 1912/

CASA MUSEO UNAMUNO

DULCES RECUERDOS DE INFANCIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1912.

A mi amigo de la infancia Santiago Aranaz

¿Puedo congratularme con la idea de que mis lectores recuerdan aún algo de lo que les conté en aquella correspondencia — una de las últimas — la que titulé «Ciudad, campo, paisajes y recuerdos»? Algunos de ellos sin duda que sí. Había en tal correspondencia, dedicada al amigo Rebechi, no poco de personal, de recuerdos íntimos del autor, pero éste es un género hacia el que he sentido una gran afección siempre, pues juzgando por mí mismo he creído que la exposición de los íntimos recuerdos personales de otro suscita nuestros propios recuerdos personales íntimos, que son nuestro tesoro espiritual. Acaso me equivoque porque el caso es que el libro acaso que más quiero de cuantos llevo escritos, mis «Recuerdos de niñez y de mocedad» es el que hasta hoy al menos ha logrado menos favor del público que me favorece leyéndome.

Al final de esa mi susomentada correspondencia me refería á aquellos tiempos de mi niñez, cada vez ¡ay! más lejana, en que subido, con otros amiguitos, sobre un banco, á la orilla de la ría de mi Bilbao nativa, cuando entraba aquel vapor de ruedas, prorrumpíamos á coro á canturrear su nombre exclamando: «El pri-me-ró d'Es-pa-ña! el pri-me-ró d'Es-pa-ña!» Y hete aquí que uno de mis más queridos amigos desde aquellos tiempos de nuestra niñez, para ambos ¡ay! cada vez más lejana, un amigo que ha residido largo tiempo en esa ciudad de Buenos Aires, me escribe rectificándome.

«Es el caso, querido Miguel,—me dice mi amigo—que «El pri-me-ró d'Es-pa-ña» no tenía ruedas. ¡Si supieras qué grabado tengo el recuerdo del desprecio con que le mirábamos cuando enfilaba el campo Volantín! Y lo despreciábamos porque no hacía olas. En cambio, cuánto gozo con los balanceos que nos procuraban el Pelayo y el Vizcaíno-Montarés, únicos vapores de ruedas de que tú y yo podamos hablar». Y luego añade: «Volviendo á nuestro primero de España te diré que muchas veces he pensado en por qué le habrían puesto ese nombre. ¿Sería porque era el primero de España que tuvo dos hélices? Esta ventaja que aun hoy mismo sólo tienen ciertos buques, era en aquellos tiempos un lujo extraordinario y nada tendría de raro que su propietario, el sastre Colina, quisiera hacerlo sonar. ¡Pobre primero de España! ¡Cuánto tiempo estuvo amarrado junto al muelle, un poquito más arriba de Uribitarte, hasta que los acreedores de su infortunado dueño los hicieron volver á andar con el nombre cambiado! Probablemente, después, cuando discurriendo por el Arenal velas el Castro

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

Dulces recuerdos de infancia

9

3-97

CASA MUSEO UNAMUNO

no sospechabas que ese barco era el de tus ensueños de niño que á eso nos lleva el tráfago de tanto rodar, á pasar indiferentes por junto á lo que creemos carne de nuestra carne.»

Sí, sí, lo recuerdo bien todo. Y no sé cómo pude cometer esa equivocación cuando en mis ya citados «Recuerdos de niñez y de mocedad», y en su página 44, al narrar ese mismo recuerdo menciono á El Viscaíno Montañés y no á El primero de España. Y recuerdo al Castro, que fué antes el otro. ¿Y no habrá acaso muchos hombres que cambiado el nombre y repintados de nuevo no son sino otros que con otro nombre y otra catadura vivieron otra cida antes, tal vez hace siglos? He aquí una fantasía que me persigue.

Y en cuanto al sastre Colina conservo respecto á él no ya un recuerdo personal sino el recuerdo de algo mío que en mi familia se conservaba por tradición y era de una de las primeras muestras de mi precoz humorismo. El dueño de El primero de España era enteramente calvo y contaba mi madre que habiéndole visto yo, siendo muy niño, exclamé: «¡Aivá! ¡qué frente tiene este señor! ¡hasta el cogote!» ó algo así.

Y sí, sí, muy cierto, pasamos de largo, indiferentes y sin reconocerlo, junto á lo que encierra carne de nuestro espíritu. Y sólo cuando uno se aleja del escenario de su niñez, á rodar tierras, siente no haber abierto más los ojos y no haberlos luego cerrado mejor para llevar en su fondo visiones que se nos van apagando.

Me dice también mi amigo que bien sabe que en estos recuerdos que se han hecho carne lo que menos importa es el detalle que los motiva y que le parece muy permitido vivir y gozar de un recuerdo equivocado, ya que se vive y hasta se goza de un mal recuerdo. «Tan de nuestra vida es lo falso como lo triste», agrega melancólicamente. Y yo añado que no son los que con más fidelidad recuerdan los detalles externos de los sucesos pretéritos que presenciaron los que mejor memoria de su pasado guardan.

Y aquí viene como anillo al dedo aquella profunda distinción que el gran pensador y mucho más grande sentidor danés Soeven Kiertegaard establece entre memoria y recuerdo al principio de su obra: «Estaciones en el camino de la vida». Traduzco por recuerdo lo que él llama «Erinoring» y por memoria su «Hukommelse». (Puesto que sé traducir danés quiero lucirlo).

«Remembrar—dice—no es del todo idéntico á recordar. Se puede remembrar muy bien un suceso con pelos y señales sin por eso recordar. La memoria no es sino una condición desvaneciente. En la memoria se nos presenta lo vivido para oponerse á la consagración del recuerdo. El viejo pierde la memoria que es en general la facultad que primero se pierde. Tiene, sin embargo, el viejo algo de poético, es, según la idea popular, profético. Pero es por ser el recuerdo su mejor fuerza, su consuelo, que le consuela con la poética perspectiva lejana. La niñez, por el contrario, tiene memoria y retentividad en alto grado, mas no recuerdo. Y así en vez de decir que olvida la vejez lo que la juventud retiene

VNiVERSiDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

Dulces recuerdos de infancia

3

en la memoria, podría decirse que lo que memora el niño lo recuerda el viejo.» Y sigue Kiertegaard, con su acostumbrada profundidad melancólica, y más que melancólica, trágica, hasta acabar diciendo que quien posee un recuerdo es más rico que si poseyera el mundo todo.

Y así lo creo yo también. ¿Qué mayor riqueza que la riqueza espiritual de los recuerdos? Con ellos, con los recuerdos, se traguan esperanzas; nuestra visión del porvenir no es sino una proyección de nuestra visión del pasado. Los jóvenes, los que aun no tienen pasado, los que nada han hecho aún en el mundo sino aprender, no tienen verdaderas esperanzas, porque no tienen verdaderos recuerdos. Sus proyectos no son sino ilusiones de reflejo. Sólo cuando se tienen hijos, hijos de la carne y del espíritu ó del espíritu sólo, es cuando teniéndose ya pasado, se tiene porvenir.

La palabra danesa «Erindring», en alemán «Erinnering», que traduzco por recuerdo, es palabra preciosa; deriva de «Indre» (alemán «Inne») lo interior, lo íntimo, y equivale á «intimización», hacer algo íntimo, entrañarlo. Pero recordar... ¡qué dulce palabra es recordar! Recordar deriva de «cor», «cordis», el corazón, y es el recordar algo cordial, algo del corazón. Con la cabeza se memora, con el corazón se recuerda. Y puede uno recordar hasta cosas que no pasaron.

Una cosa es colocar la memoria de lo que vivimos poniéndola en tiempo y con sus circunstancias todas y otra muy distinta ponerla en la eternidad. Hay quien puede deciros: «El día tal de tal mes del año tantos á las tantas de la mañana y en tal templo, estando presentes como testigos Fulano, Zutano y Mengano me casé» y, sin embargo, este sujeto puede muy bien no recordar, verdaderamente recordar que se casó. Tengo ocho hijos y fuera del mayor y de otro, que acertó á nacer el 11 de febrero, aniversario de la proclamación de la República Española de 1874, no sé en qué día ni en qué año nació cada uno de ellos, y, sin embargo, vaya si recuerdo sus nacimientos!

Y hay algo más íntimo, más hondo, más misterioso, cuando nuestros recuerdos se van haciendo carne de nuestro espíritu. El que vive en su pueblo, sin salir de él, acaba por no darse clara cuenta precisa de los cambios que el pueblo sufre. La casa que se levanta ahora aquí, donde antaño se levantaba aquella otra en que vivió, le impide recordar esta otra. A los cuarenta años de matrimonio y sobre todo si este es íntimo y cordial puede el amante, quiero decir marido, hacer clara memoria de cómo era su amada, esto es, su mujer la víspera de que se casaran? ¿Puede remembrar bien la negra caballera y la tersa frente bajo la cabellera blanca y las dulces arrugas que hoy le surcan las sienes? Acaso no, acaso no logra remembrarlo, pero recordarlo... ¡vaya si lo recuerda! Y recuerda que es la misma, sí, exactamente la misma, que esta noble blancura es aquel mismo negror. Y esta blancura que es recuerdo de negror, es esperanza también del negror eterno. O mejor aun de la eterna claridad en que se funde con

3-97
CASA MUSEO UNAMUNO
VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

Dulces recuerdos de infancia

4

3-47

CASA MUSEO UNAMUNO

el blancor la negrura eterna.

Me habla luego mi amigo de aquel árbol gordo que se alzaba donde hoy es el ensanche de nuestro común pueblo natal. «¡También yo—me dice—he pasado por la plazoleta del Arbol Gordo sin sospecharla! Cuando me lo hicieron notar y vi que sí, que todo había cambiado menos la negra del jardín de Zumelzu, sentí la pena de lo que muere. Cuando tú, yo y otros como nosotros vayamos lejos, muy lejos, desaparecerá del todo ese árbol que hoy por hoy vive en el recuerdo, cada vez menos, naturalmente, esperando el completo olvido, y á los que más tarde vean el grabado—yo tengo uno—que lo representa, ya caduco, no dirá nada el cerco cuadrado de cal y piedra que lo sostenía y servía de banco á los paseantes que se sentaban en él. ¡Cuántos viejitos se secaron allí la calva mientras tomaban alientos para llegar á sus penates! Este recuerdo no les dirá nada; menos mal si saben procurarse otros. Desgraciado del que no los tenga.»

¡Y cuántos árboles para cada uno de nosotros como aquel árbol! ¿Os acordáis de aquella higuera que «descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años» vivía en medio del patio de la casa de la madre de Sarmiento? De aquella higuera que fué sentenciada á muerte por las hermanas de él, discutida la sentencia dos años y al fin un día «oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima.» Y no sigo copiando el relato sentidísimo porque supongo que mis lectores todos argentinos se lo saben de memoria. Y los que no que lo aprendan.

Pues bien; este eterno recuerdo de Sarmiento, este recuerdo verdadero del corazón, logró él eternizarlo en uno de aquellos inmortales pasajes de sus inmortales «Recuerdos de provincia», de esta obra íntima, personal, cordial, que seguirá recordándose cuando acaso el «Facundo» se haya olvidado al apagarse los últimos rescoldos de las pasiones políticas que lo engendraron. Y así es porque no hay nada más duradero y más universal que lo que parece más fugitivo, que lo que es más individual, más íntimo. ¿Quién recuerda ya el canto «All'Italia», de Leopardi, y quién no recuerda sus «Ricordanze»?

Qui non è cosa
Ch'io vegga o senta onde un immagin dentra
Non torni, e un dolce rimembrar non sorga.
Dolce per se; ma con dolor sottentra
Il pensier del presente, un van desio
Del passato, ancor tristo, e il dire: io fui.

Sí, el pensamiento del presente es un vano deseo del pasado, aunque fuese triste. Y yo, que releo los «Recuerdos» de Sarmiento, y no ya tanto su «Facundo», y me sé casi de memoria las «Ricordanze» de Leopardi y no su canto «All'Italia», yo espero también que cuando se olviden aquellos cálidos comentarios al «Quijote» que me inspiró mi herido amor patrio, se recordarán esos mis hoy desdeñados «Recuerdos de niñez».

Pero es verdad que todo va al cabo, como dice mi amigo, al completo olvido. No quiero creerlo. Quiero más bien soñar con

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

Dulces recuerdos de infancia

5

CASA MUSEO UNAMUNO
J-97

el alma toda de mis recuerdos, con el alma humana de las tradiciones—que son recuerdos colectivos—que hay una memoria cósmica donde baja á reposar todo, absolutamente todo lo que por el universo ha pasado, que todo, absolutamente todo lo que ha sido, hasta el leve zumbido de un mosquito solitario en una selva virgen y en una mañana de primavera, todo, absolutamente todo queda registrado y perpetuado en alguna parte, y que llegará un momento en que realizado el grandioso sueño cósmico del pobre Antero de Quenthal, el poeta portugués—en aquellos sus dos inmensos sonetos «Redempçao»—hecho todo conciencia, vuelva á vivir, y á vivir vida eterna, todo, absolutamente todo lo que vivió vida temporal. ¡Desvaríos, ensueños, quimeras...! Tal vez, pero

¡A reinar, fortuna, vamos
No me despiertes si sueño!

como dice el Segismundo calderoniano.

Cuán honda, cuán profundamente honda es la idea central de aquella oda que Wordsworth, el más íntimo y el más recordadizo acaso de los poetas ingleses, intituló: «Anuncios de inmortalidad por los recuerdos de la primera infancia». («Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood»).

And O ye fountains, meadows, hills and groves,
Think not of any severing of our loves!
Yet in my heart of hearts I feel your wright:
I only have relinquished one delight
To live beneath your more habitual sway.

«Y, oh fuentes, prados, colinas y boscajes: ¡no creáis que se separen nuestros amores! Siento todavía vuestro poderío en lo más entrañado de mi corazón, y no he dejado un goce sino para vivir debajo de vuestro más habitual dominio.»

Thanks to the human heart by which we live,
Thanks to its tenderness, its joys, and fears,
To me the meanest flower that blows cangive
Thoughts that do often lie too deep for tears.

«Gracias al corazón humano porque vivimos gracias á sus ternezas, sus goces y temores, la flor más humilde que florezca puede darme pensamientos que yacen á menudo demasiado hondos para las lágrimas.»

De este Wordsworth que los ochenta años de su vida mortal los vivió de recuerdos son aquellos nueve inmortales versos que traducidos dicen: «Brinca mi corazón cuando en el cielo veo un arco iris; así era cuando comenzó mi vida, así es ahora en que soy un hombre; que así sea cuando me hagan viejo ó antes muera! El niño es padre del hombre, y anhelo que mis días se enlacen los unos con los otros por natural piedad.» ¡Sí, por la piedad del recuerdo!

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

Dulces recuerdos de infancia.

6

CASA MUSEO UNAMUNO

3-97

El que yo era cuando subido en un banco del Campo Velantín de Bilbao exclamaba á coro con mis amigos y cantando aquello de: «¡El Vizcaíno Montañés, el Vizcaíno Montañés!» al ver entrar aquel vapor de ruedas levantando olaje en la ría, aquel niño fué el padre del que hoy soy yo. ¿Y hay nada más grato que recordarlo? ¡Qué delicia cuando al reunirse en el rodar de la vida dos antiguos amigos de infancia, después de larga separación, recordando sus comunes recuerdos—que es lo que les une—exclame el uno: «No, no fué así, ¿te acuerdas?» Creo, pues, que mis habituales lectores de quienes creo fueron en un tiempo niños—no todos los hombres lo han sido—y que conservan en su alma el alma de ese su padre, me dispensarán este desahogo. Encontrábame en estos días de entrada del nuevo año, en estos días en que por vieja tradición nos asaltan graves pensamientos de nueva vida, bajo el peso dulce de los recuerdos de mi vida vieja. Aunque vieja no, si no siempre nueva. Encontrábame bajo ese augurio prestigioso cuando vinieron á ahondar esta solemnidad dos cartas, la de mi amigo de la infancia el que corre mundo y la de una joven poetisa argentina, sin habernos visto mi amiga entrañable. Y recordando aquello que ya os dije que me dijo alguien de que nunca sería yo escritor para damas he pensado con íntimo regocijo que puedo serlo y que lo soy para mujeres. Y es que la mujer vive acaso más que el hombre del recuerdo. Mas de esto otra vez.

MIGUEL DE UNAMUNO.

VNiVERSiDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES